



ACADEMIA HISPANOAMERICANA DE DOCTORES

DISCURSO DE INGRESO PRONUNCIADO POR EL
ILMO. DR. D. MANUEL FRANCISCO ROMERO OLIVA
EN EL ACTO DE INGRESO COMO ACADÉMICO DE HONOR
EN MADRID, EL DÍA 29 DE ABRIL DE 2025

La invitación para ser miembro de número de la Academia Hispanoamericana de Doctores supone, para mí, un momento de complacencia ante el reconocimiento de una trayectoria académica y profesional que se ha ido caracterizando por una constante: romper mitos que consideraba utopías por el respeto y reconocimiento que les profeso a la Ciencia y al Conocimiento, pues, como indica el propio himno de esta Academia, siempre mi caminar ha intentado forjarse desde la humildad y marchar en busca del saber, la justicia y el bien teniendo como referentes a las personas que confiaron en mí: mis mentores, que me abrieron las puertas de la vida universitaria; mis maestros, que permanecen entre mis referentes vocacionales; y mis estudiantes, en su formación inicial y doctoral, que se convierten día a día en el gran reto para transformar la sociedad a través de la educación y la investigación.

Y es, ahora, en este momento en el que vuelvo a contravenir un nuevo mito, jamás imaginado por mí —ser nombrado académico, ante tantas personas insignes que pertenecen a diferentes ámbitos del conocimiento —ilustres médicos, metafísicos, ingenieros, filósofos, economistas...—, cuando pienso, desde el pudor más personal y sincero, en qué puede contribuir mi figura a la misión de esta Academia. En este sentido, me vienen al recuerdo en estos momentos las palabras de mi maestro y mentor en este mundo académico: el doctor Rafael Jiménez Fernández, mi director doctoral y ahora, colega y amigo en tantas aventuras y desventuras vividas. Él, ante un mundo de logros en la Ciencia y de avances para la



sociedad, compartía un pensamiento crítico hacia cómo evitar que “nuestra ciencia no sea una ciencia fantasmagórica”.

Mi área de conocimiento se encuadra en la Didáctica de la Lengua y la Literatura, código 195 del catálogo en el ámbito de las Ciencias Sociales y, en consecuencia, se ha de perfilar en la concreción social y en los problemas a los que ha de enfrentarse cualquier docente desde la investigación y la innovación en realidades situadas para dejar de ser una utopía didáctica. Las palabras de Bronckart (1996), uno de los padres de nuestra área de conocimiento, sobrevuelan en el discurso de nuestro último Premio Cervantes, el escritor Álvaro Pombo, en un meditado alegato en torno a la fragilidad, un tema que va con nosotros durante toda la vida en el día a día en una sociedad cada vez más ininteligible.

De esta manera, considero que nuestra labor debe centrarse en la función social de ese ecosistema llamado escuela y atender a las necesidades emocionales e intelectuales de sus integrantes para poder paliar unas deficiencias y desigualdades que no siempre podrán superar y compensar dentro del marco familiar o del entorno al que pertenecen. Hemos de convertirnos en facilitadores de sostenibilidad, equilibrio, equidad y diversidad para que sean personas libres con capacidad de transformar la sociedad en un mundo mejor. Hemos de afrontar la monocultura y el silencio ante la diversidad, claros ejemplos de la sociología de las ausencias, definida por Santos (2011) como un aprendizaje igualatorio que atienda a la diversidad, desafiando la perspectiva social de la exclusión y dar voz a los sin voz, a los nadies, desde la alteridad.

Para ello se hace necesario el reconocimiento de la persona y de aquellos grupos que se mueven en los márgenes desde su periferia vital —infancias y adolescencias perdidas, migrantes, excluidos sociales, gente con algún tipo de discapacidad...— mediante la creación de espacios democráticos, mediados y dialógicos, para afrontar el reto social de una educación inclusiva y una sociedad equitativa e igualitaria. Hacia una necesidad sentida como



respuesta a lo que se ha considerado que tú, como estudiante, necesitas; y que tú, como estudiante, me transmitiste que deseaste tener tras haber cursado la asignatura.

La construcción de identidades docentes desde la formación inicial y permanente para afrontar el reto social de la educación desde nuestra reflexión crítica se ha de consolidar desde las propias vivencias mediante la investigación, la formación y la transferencia de las instituciones, que, como esta Academia, se encamina hacia una justicia social de la educación, en general, y de la enseñanza de la lengua, en particular, desde una concepción humanista y ver cómo repercuten nuestras acciones en una visión transformadora de la realidad para visibilizar, sensibilizar y sistematizar la accesibilidad universal, como derecho ciudadano y en la que la resiliencia impulse alianzas y concienciación para afrontar nuestra profesión desde una visión vocacional y colegiada ante cualquier realidad social, política y educativa.

Muchos son los nudos gordianos asentados en el ámbito de la enseñanza de la lengua y la literatura al que pertenezco —tales como el fomento de hábitos lectores; la comprensión lectora en el desempeño escolar; el lugar y sentido de la gramática en la enseñanza de lengua; los niveles competenciales en escritura, sin olvidar la ortografía; o la siempre cenicienta de la oralidad...—. Bloqueos en los que las ideas no surgen o no son capaces de dar solución a los problemas. Y en este sentido, la investigación y su transferencia a la formación deben convertirse en la espada de corte que deshaga aquellos modelos de aprendizaje fosilizados en nuestras concepciones didácticas hacia una actualización y autenticación del currículo.

Así lo he intentado plantear en mis años como director y tutor de trabajos doctorales al concebir que la investigación debía estar alrededor de dichas realidades y avanzar en deshacer esos nudos y culturas docentes arraigadas hacia una mejora de la enseñanza, pues, como indicaba Freire en su Pedagogía de la esperanza, “toda docencia implica investigación y toda



investigación verdadera implica docencia. No hay docencia verdadera en cuyo proceso no se encuentre la investigación como pregunta, como indagación, curiosidad, creatividad”.

Nuestras trayectorias académicas y profesionales deben reflexionar sobre su responsabilidad con la comunidad científica. Es decir: reflexionar sobre nuestra responsabilidad con nuestra área de conocimiento y sus objetivos epistemológicos, más allá de intereses individuales, círculos cerrados y carreras neoliberales impuestas por los rankings y estándares de indexaciones.

Vuelvo a acercarme a un referente del mundo hispanoamericano, y, en este caso, se trata de un escritor para rendirle homenaje por su cercana pérdida, el pasado 13 de abril de 2025. Hablo de Mario Vargas Llosa y su discurso en el ingreso en la Real Academia Española de la Lengua, hablo del año 1996. En él se refería al estímulo constante contra el desfallecimiento que acompaña como su sombra al trabajo creativo del escritor: aquella secreta esperanza, decía, que destraba nuestra fantasía y fortalece nuestra voluntad en los períodos difíciles de que lo que escribimos no sea en vano, de que llegue al lector.

Y ahí debe ubicarse nuestra misión: llegar al lector, más allá del planteamiento que me lleva a compartir cierta desazón hacia la deshumanización e instrumentalización de las investigaciones, y a coincidir con Remedios Zafra (2024) con su empeño de recuperar el amor y el sentido por el estudio y la creación. Hablamos de revertir el riesgo de la devaluación y ahogamiento del ámbito intelectual que en lo académico termina por beneficiar a aquellos criados u orientados para “el alto impacto” y no para el mejor y más honesto <hacer con sentido>, frente al <sinsentido> impuesto desde las administraciones.

Avancemos, pues, hacia UNA UTOPIA HECHA REALIDAD mediante la investigación, la formación y la transferencia de las instituciones. Demos sentido al valor de nuestras instituciones y adquiramos su reconocimiento desde la lucha por la justicia social, desde la



implicación personal y el espíritu de servicio a los demás, pues como diría Evita Perón: "Allí donde existe una necesidad, nace un derecho" (Nos esperan).

He dicho.

Dr. Manuel Francisco Romero Oliva

Académico de Número #21

Madrid, 29 de abril de 2025